

de leer. Lo más importante es tener una actitud crítica, pero lamentablemente esta no se está cultivando. Es necesario trabajar sobre las obras del pasado y contextualizarlas para así provocar el reconocimiento de la red de relaciones intertextuales, que se halla en los argumentos para infantes y jóvenes. De esta manera el placer por la lectura aumentará a la luz de un mayor entendimiento.

Con la agudeza del crítico y la emotividad de la experiencia personal, Machado nos ha obsequiado algo más que un catálogo de clásicos, muchos de los cuales con el paso de los años han ido cayendo lastimosamente en el olvido. Nos ha recordado la posibilidad y necesidad de la adaptación de las obras de la cultura greco-latina, pasando por las historias de magos y caballeros hasta las más recientes obras en las que magia y

fantasía se mezclan con la realidad, para entretener y educar a las mentes del mañana. Estas, guiadas por un mundo de hadas y dragones, sacian en ellas sus deseos de aventura y se sienten capaces de alcanzar las más altas metas.

Animados por el recuerdo del primer encuentro con algunos de los títulos mencionados por Machado, no se puede menos que avivar el fuego casi extinguido de una vocación por la docencia y su poder transformador, así como de la difusión de estas joyas artísticas. Fuego que ilumina el camino cuando el capitán vuelve a subir a cubierta y con voz potente manda desplegar las velas que, impulsadas por el viento, nos conducen a un nuevo y maravilloso destino. ■

MARIANA LEÓN CHÁVEZ



Dentro del armario. Narnia y la fuerza de las fábulas.¹

C. S. Lewis, *Narnia. El león, la bruja y el armario*. Traducción de Gemma Gallart. Barcelona: Planeta, 2005. 233 pp.

De dónde el alma toma la paz y la fuerza que infunden las fábulas? ¿Cuándo me siendo cansado de todo y saciado de los días, las fábulas me dan el efecto de un benéfico baño restaurador. La alegría y la tristeza aquí se vuelven infinitas (y justamente por eso amplían el ánimo en modo tan benéfico)

Søren Kierkegaard, *Diario*

La frase de Kierkegaard, colocada a modo de epígrafe a estas páginas, nos invita a otra pregunta que surge de la experiencia de la lectura de Lewis: ¿existe también un gozo, una paz y una fuerza en la páginas de las *Crónicas de Narnia*?, y de ser así, ¿de qué gozo se trata?

¹ Traducción de Igor Navarro Vilchez.

De lo que se aprende de la lectura de la obra de C. S. Lewis solamente es posible «comunicar» el acontecimiento que permite cambiar al sujeto lector. Sin embargo, muchos lectores, de todas las edades, justamente en las historias fantásticas del escritor, parecen encontrar una misteriosa completud. Con dificultad se puede definir completo un libro que habla de brujas, leones y paisajes mágicos. Obras como *El Señor de los Anillos* de Tolkien o las *Crónicas de Narnia* de Lewis, que se encuentran a duras penas citadas en alguna antología especializada, debido a un problemático esnobismo que asola el mercado editorial y las letras en general, son, por el contrario, leídas por decenas de millones de lectores en todo el mundo.

Muchas veces el arte de nuestro tiempo tiene una mirada sobre las cosas y sobre el mundo similar a la de un hombre confinado en un oscuro depósito: quizás hay de todo; pero, puesto que no lo ve, es inútil y hasta dañino. En este punto llega alguien que abre una puerta o una ventana que da al cielo abierto y entonces podemos salir; nos damos cuenta que también en el nuevo paisaje hay tanto que no podemos usar, es verdad, pero podemos finalmente ver; aunque ninguno puede atrapar las nubes, abrazar las montañas, o detener una cascada con la mano; ni siquiera es más «nuestra casa»: estar allí con el cielo alto sobre nuestras cabezas, es como quedarnos en el depósito con la luz encendida.

Con la historia de Narnia, Lewis ha abierto una ventana, y nos ha hecho ver que hay mucho más que aquello a lo que estamos acostumbrados, hay muchas mas glorias, bellezas y terrores; «otros ecos viven en el jardín», como había escrito T. S. Eliot en los mismos años con una exhortación programática en *Burnt Norton*, uno de los *Cuatro Cuartetos*: «Rápido, encuéntralos, encuéntralos». En *El león la bruja y el armario* Lewis nos describe de este modo la arrolladora cabalgata de Lucy y Susan, las dos niñas protagonistas, en el lomo

de Aslan, el león que es rey de Narnia: «Aslan corría y corría, sin excitarse y sin cansarse. Recorría caminos de hayas altísimas, bosques de encinas frondosas, prados florecidos e hileras de cerezos en flor, cándidos como la nieve; arriba por escarpadas pendientes golpeadas por el viento, abajo por pendientes cubiertas de retamas espinosas». Y en el último libro del ciclo de Narnia, *La última batalla*, contando otro recorrido prodigioso, nos dice: «¡Eso sí que era correr, muchachos!». Con Lewis el lector es arrastrado hacia paisajes siempre más vastos y al mismo tiempo profundos, y a medida que la visión se amplía también la mirada del corazón se intensifica. El solo tener en cuenta los lugares a los cuales es conducido el lector y de los personajes que nos hace conocer, produce vértigo: Venus y Marte, las fronteras bárbaras de la Antigua Grecia, Narnia con su compleja geografía, el filólogo Ransom y el científico Weston, el mago Merlín resucitado y todos los protagonistas de sus fábulas, los cuatro niños Pevensie y la Bruja Blanca, Tirian, Caspián, Radabash, Miraz el tirano y Shasta.

Aquí el lector es, antes que nada, involucrado en una *historia*, y no en un comentario o en unas reflexiones sobre el acontecer humano. Es el acontecimiento, lo que sucede, lo que tiene la prioridad, tanto que se le puede citar y recordárselo de memoria. Se recuerdan bien los pasajes de los libros de Lewis. A menudo sucede que se escucha a dos apasionados de esas novelas citar el uno al otro sus escenas preferidas. Esto no elimina la gran psicología sino que la amplifica, porque la vemos en acción. Vemos qué hacen ciertas personas, qué piensan en un cierto modo. Todavía, una vez después de miles de años, seguimos a los protagonistas en una trama de acontecimientos; vemos las cosas que les suceden y, junto a ellos, los lectores, luchan, esperan, sufren, según lo que encontramos a lo largo de la narración. Al final y no son más aquellos que eran al inicio. En una palabra, *han cambiado*.

Así como ninguno de los personajes de Lewis es más él mismo al final de su viaje, y lo mismo acontece a cualquiera que recorra el viaje con los ojos y la mente sobre la página impresa. Son historias fantásticas y, paradójicamente, la vida cotidiana sale de ellas extrañamente enriquecida. Fábulas, sin embargo, y nuevamente, la paradoja: el lector se encuentra muy a su gusto. Historias fantásticas, pero no inverosímiles. Escribe Lewis al respecto:

Sería mejor decir que la tierra de las hadas suscita un estremecimiento por algo que el lector no conoce. Lo pica y lo acosa (por el enriquecimiento de toda su vida futura) con el sentido profundo de algo más allá de su alcance y bien lejos de oscurecer o vaciar el mundo real, le otorga una nueva dimensión de profundidad. Él no desprecia los bosques reales porque ha leído de bosques encantados: aquello que lee vuelve todos los bosques un poco encantados. Es un deseo especial. El joven que lee las fábulas, desea y es feliz, precisamente por el hecho de desear. Porque su mente no está hecha para concentrarse en sí misma.

Lewis confesaba que él mismo se sentía entregado a la historia que escribía, y quedaba, no menos sorprendido que sus lectores sobre ciertos acontecimientos que tomaban rumbos inesperados, ciertos personajes que aparecían de pronto, ciertas conclusiones imprevisibles. «Antes vienen las imágenes, las escenas, después todo el resto».

Esta es, sin duda, la verdad de toda gran experiencia artística. La ficción narrativa, encuentra aquí su razón y fascinación. Se cuenta una historia que no existe (Aquiles, Don Quijote, Hamlet, no son personajes reales como Napoleón o Julio César) pero que también comunican al lector una experiencia humana real. Por esto, quien lee se conmueve, ríe, sufre, espera con los personajes narrados, participa de lo que les sucede a ellos, y junto a ellos cambia. Y así también para quien ha escrito e imaginado la historia. Él mismo

participa de una medida más grande que sí, más vasta que sus cálculos y que sus conjeturas. Los verdaderos escritores no se sorprenden menos que sus lectores.

Todos los protagonistas de Narnia están involucrados en historias mucho más grandes que ellos: es un profesor universitario de mediana edad, Ranson, que es raptado e involucrado en la guerra interplanetaria entre los ángeles y Satanás, y son tres niños que salen de Londres y cruzan la puerta mágica del mundo de Narnia. Se trata de personajes que parten según motivaciones muy diversas, casi siempre muy buenas y concientes: Ranson al inicio quiere salvar su vida y escapar; los cuatro niños del ciclo de Narnia descubren que son objeto de una antigua y oscura profecía que los espera como liberadores del encanto que oprime al mundo; la princesa Psiche de *Mientras no tengamos rostro*, se descubre prometida como novia a un dios. Pero, a medida que la historia avanza, estas motivaciones cambian, a menudo se alargan, y también toman desenlaces inesperados: Ranson no huye nunca, pero acepta concientemente tomar parte en el conflicto, e ir a Venus a combatir; los cuatro niños conducen efectivamente la guerra contra la malvada Bruja Blanca; Psiche decide ir como novia al misterioso dios de la montaña.

En un cierto modo, la medida de su corazón se ha ampliado, y el bien, quizás confuso, por el cual habían partido, se ha hecho más claro e intenso. El amor por la propia casa, por la propia vida, por la propia novia no quedan inmutados durante la aventura, y a ellos se agrega mucho más. La naturaleza del bien no es nunca una abstracción, sino una experiencia que se clarifica y se refuerza a lo largo del camino. A medida que la historia prosigue, los personajes «ven» más, «conocen» más y entonces «aman» y «sufren» más, en medida distinta. En Lewis, el bien es, de hecho, el reconocimiento de una medida

más grande que sus propios cálculos, aunque justos y concienzudos, una verdad más grande que su propio interés. Esta conciencia no queda nunca igual, está constantemente cuestionada, siempre lista a sorprender un nuevo elemento, una nueva sugerencia, una nueva posibilidad.

Entonces, es el sentido de la vida que cambia en las historias de Lewis. Quien parte de un modo, regresa diferente, cambia sus proyectos, acepta un nuevo recorrido aunque doloroso y erizado de peligros. La naturaleza del mal, presente en todas sus obras, encuentra aquí su raíz y su seducción: el mal nos hace creer siempre que es posible vivir sin sacrificio, sin deber aceptar el paso y el peso del destino en nuestras vidas. Nos hace creer que el fin de la vida es vivir, sin que nos deba costar nada. Es la pretensión de que las cosas puedan quedar así como las conocemos y las queremos, que nuestros pensamientos dicten leyes a la realidad y la fuerce. He aquí la tentación con la cual el diablo pone a prueba a la nueva Eva en *Perelandra*, en un mundo hecho de islas flotantes, rompiendo la prohibición de dormir sobre una tierra única fija, o bien la princesa Orual de *Mientras no tengamos rostro* que, celosa del esposo de su hermana, un misterioso dios invisible, la chantajea para que regrese con ella. Es precisamente la seducción de creerse Dios, de encontrar en nosotros mismos el fundamento, el poder y la razón del vivir. El siglo XX ha fundado sobre esta pretensión todas sus mentiras más radicales, algunas de las cuales todavía hoy siguen activas y vivas: la exaltación de la salud física como fin de toda una vida, el mito de la eterna juventud, la manipulación genética y la ausencia de obligaciones y vínculos no son sino el enésimo tallado de una antigua mentira, la única mentira, al final. Lewis y Tolkien, han narrado esta terrible tentación y el horror que de ella se difunde en quien la busca. Quien observa su vida, la pierde, y se vuelve una caricatura de sus

mismos deseos: la princesa Orual en Lewis que pierde el afecto de la hermana y con ello, también su rostro, por siempre escondido tras un velo negro. La pretensión de vivir sin sacrificio lleva sólo a una insoportable duración sin fin, aunque durara milenios de años como la vida de la Bruja Blanca de Lewis o la de los Espectros del Anillo de Tolkien.

La Bruja Blanca en *Narnia* demuestra su terrible poder y su control sobre el tiempo, deteniendo el ciclo de las estaciones. Un permanente invierno sobre Narnia, al que también ella está sometida. Pero, basta un solo instante de amor honesto por un rostro, una cosa o una tierra para llevarnos fuera de nosotros, para hacernos dar cuenta que, como afirma Claudel, «el fin de la vida no es vivir, sino amar y dar todo de nosotros mismos» a aquello que nos importa en esta tierra.

Las obras de Lewis son, en el fondo, grandes diálogos, siempre con dos protagonistas en su centro: el héroe con sus gestas, sus luchas, sus esperanzas y la alternativa que se interpone entre el bien y el mal, y Dios mismo, que a través de aquellas mismas circunstancias, así particulares y quizás efímeras, se hace camino, se hace su encuentro y provoca su libertad, les pide abrir su corazón y su mente. Citemos un episodio paradigmático: los cuatro niños prófugos que no quieren y no buscan ser reyes ni guerreros, se encuentran con Aslan, el gran león Rey de Narnia, y desde aquel momento nada será como antes. Aslan no sólo ama y protege a los cuatro niños protagonistas, sino ha decidido confiar todo a ellos: todo un mundo de héroes y guerreros mitológicos y de animales parlantes se arrodilla y sigue a tan solo cuatro niños. Es a ellos que se les ha pedido combatir el mal que acecha a Narnia, y ser los reyes. Los pobres niños, asustados, débiles y traidores (como Edmund, el segundo de los hermanos, que había decidido vender sus amigos a la Bruja) son objetos de un extraño

protagonismo. La Bruja Blanca reclama a Edmund como suyo, porque ha traicionado a sus compañeros. «Su sangre me pertenece», dice.

Las *Crónicas de Narnia* constituyen un libro completo, y no solo para la infancia, porque la plenitud o la totalidad que aquí está en juego es aquella, sobre todo de la mirada de quien escribe y por consecuencia, de quien lee: No hay ninguna clausura previa y la realidad puede hacer irrupción, de modo sorpresivo.

Esta es la verdad de un libro. Y como lo afirma Lewis, lo verdadero es verdadero a diez como a cincuenta años. Un libro vale la pena leerlo de niño, solo si vale la pena releerlo de adulto y quizás de anciano. En las fábulas de Lewis el lector «ve», es más, se sorprende en un panorama más amplio que sus propios cálculos.

Como Lucy, que abierto el ropero, como casi todos, se descubre catapultada en otro mundo. Un recuerdo final de la lectura: el viejo, lógico profesor Kirke, cuando los niños regresan a casa de la aventura de Narnia y le preguntan como harán para reconocer a otras personas que les haya sucedido la misma cosa, exclama escandalizado: «Oh, lo entenderán de inmediato: dicen cosas bizarras, y también su aspecto, la mirada. En resumen, el secreto sale afuera por sí mismo. Tengan los ojos abiertos. Que Dios los bendiga, pero ¿que les enseñan a los niños en el colegio?» ■

EDOARDO RIALTI



Hogwarts, fantasía sin límites.

El caso de Harry Potter.

J. K. Rowling. *Harry Potter y el misterio del príncipe*. Barcelona: Salamandra, 2006, 608 pp. J.K. Rowling.

Harry Potter y el prisionero de Azkaban. Barcelona: Salamandra, 2000. 359 pp.

Sería parametrado clasificar la saga *Harry Potter* en lo que corresponde al género de literatura juvenil, pues el mundo adulto y sus valores se encuentran confrontados en sus páginas. En la Edad Media, las *Cantigas* de Alfonso X, el Sabio o *El Conde Lucanor* o *Libro de Patronio*, del infante don Juan Manuel, eran textos dirigidos a niños y adultos, pero no necesariamente pensados para los niños. Harry Potter es un texto leído por los niños y adolescentes, pero que no deja de atender similarmente el universo adulto. Del mismo modo, si delimitamos la obra en lo que